

IMAGENES DE UN SUEÑO: DEL HOSPITAL NAVAL, PASANDO POR EL CASTILLO DEL PRINCIPE A ISLA DE PINOS

Por Felipe Rivero

(CONTINUACION)

El marco de una ventana del Hospital Naval en La Habana del Este, donde nos tienen prisioneros, me comprime el cerebro. No tengo que esforzar mucho mi memoria, para describir este recuerdo. Es la imagen del ansia, la rabia y la desesperación, como creo nunca en mi vida las había sentido antes. Asomado a esa ventana, observo el ferry, que viene de la Florida, tratando desesperadamente de ver si sobre su cubierta trae a los ansiados tractores.

El gobierno comunista ha ofrecido al gobierno norteamericano, canjearnos por tractores. Especifican hasta el último detalle, el tipo de maquinarias que quieren. Veinte y ocho millones de dólares en esos implementos agrícolas. Veinte y ocho miserables millones de dólares, que para la nación más rica del mundo, sólo significa unas insignificantes fracciones de dólar por cada ciudadano, a cambio de mil cien vidas humanas, a las que de no efectuarse el canje, les aguarda un destino peor que la muerte misma. La **gran potencia humanista**, vacila sin embargo, entrampada en las palabras de su propio jefe de estado, que asumió públicamente la responsabilidad de Girón. Se constituye una comisión, encabezada por Eleanor Roosevelt, viuda del extinto presidente Franklin Delano Roosevelt. Van dos veces a Cuba a tratar el asunto con los comunistas. En cada una de estas ocasiones, el gobierno de Cuba les expone clara y diáfana lo que quiere, y que es muy simple: **\$28 millones** en cierto tipo de tractores, a cambio de la libertad de los prisioneros de guerra, hechos a la fuerza invasora, preparada y lanzada en Cuba por los Estados Unidos. Veinte y ocho millones de dólares en tractores, ni para bien, ni para mal, significan nada para un país como Cuba. La idea de los

comunistas es otra, y está clara.

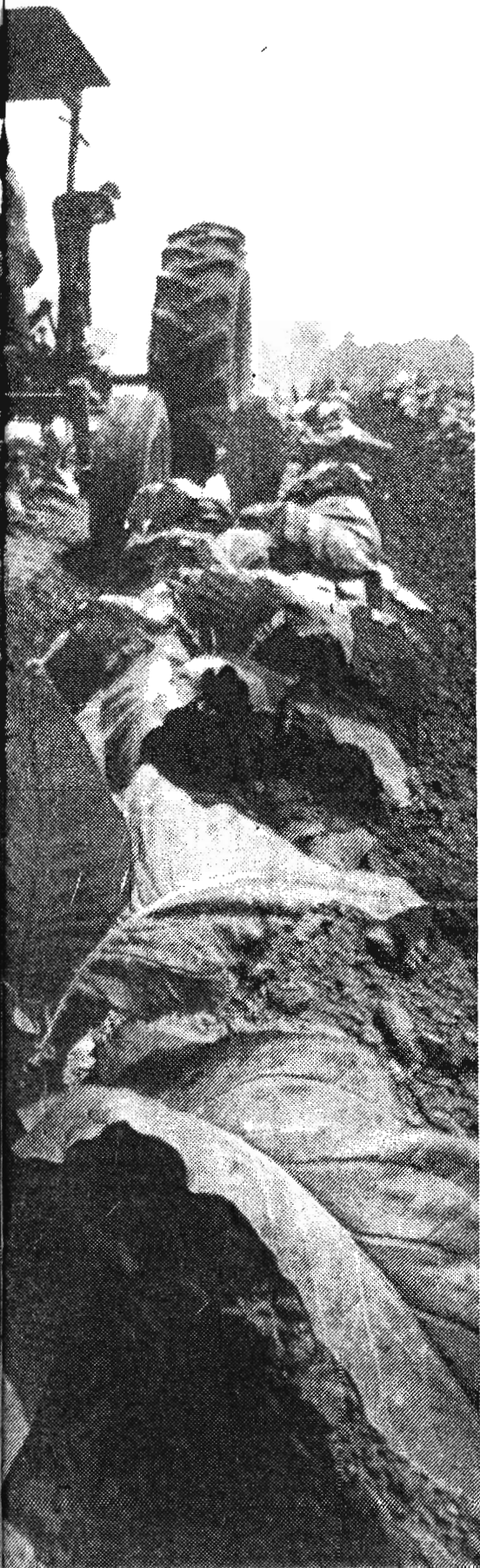
Primero que nada, satisfacer la vanidad enfermiza del déspota, con un canje sin precedentes en la historia de este Hemisferio, y segundo, salirse del problema, de qué hacer con unos 1,100 prisioneros de guerra, una nación que como Cuba, había sido firmante de los acuerdos de Ginebra, sobre el trato a prisioneros de guerra. En cuanto a los EE.UU., no sólo por lo exigüamente ridículo del monto del rescate, la cosa ya no tenía más consecuencias, ni siquiera de prestigio nacional, ya que como dije antes, el propio Presidente de la República, John F. Kennedy, había reconocido su responsabilidad en los hechos. Sin embargo... sin embargo, la **gran potencia humanista...esa...gran nación, cuna de la democracia**, como la llaman los cubanos "picúos", continúa vacilando.

Observo una vez más que el ferry viene vacío. Entonces, de repente, los magnavoces del Hospital Naval, nos anuncian ¡que las negociaciones se han roto! Con voz sombría y tono aún más teatral, de lo que es su costumbre, el locutor comunista nos explica, que después de dos meses de discusiones, los norteamericanos rechazaron entregar el tipo de tractores que ellos exigían, aduciendo que no eran esos implementos **los que Cuba necesitaba para su agricultura**, sino otros de otro tipo, cosa que los comunistas lógicamente, se negaron a aceptar.

La **Gran Nación Humanista**, se "preocupaba" ahora por el bienestar de la economía cubana, ofreciendo un tipo

¡Veinte y ocho miserables millones de dólares, a cambio de 1,100 vidas humanas, para la nación más rica del mundo!





Las leoneras del Castillo del Príncipe en La Habana. Enterrado en vida... ¡Quizás para siempre!

de tractores "más acorde", según ellos a las necesidades agrícolas del país. ¡Esto por parte de una nación que acababa de financiar y lanzar una invasión contra esa misma Cuba comunista, y le imponía en ese momento un implacable bloqueo comercial!

Pero... ¿qué era lo que se buscaba aquí? ¿La liberación de mil cien hombres, que un día, por creer en los Estados Unidos de Norteamérica y los postulados, aparentemente mantenidos por ellos, se lanzaron ciegamente en el cumplimiento de su deber a un destino incierto, o lo que convenía o no a la economía de un gobierno enemigo?

La excusa norteamericana era tan grotesca y burda, que sólo una opinión pública compuesta por un pueblo de tarados mentales, podía aceptarla. Sin embargo, fue éste el torpe argumento de la comisión norteamericana.

Hubiera sido menos indigno, menos insultante a la inteligencia, que sencillamente hubiesen dicho: **No... pagamos chantajes.** Pero... ¿qué se va a hacer? Estas son las cosas de la **gran nación humanista, cuna de la democracia**, con el perdón de los "picúos" del ghetto.

Salimos... —le dije entonces a varios compañeros, que anonadados, escuchaban lo que decía el magnavoz —salimos, —continué— pero... vamos a tener que "halar" un tiempo... ¿y saben por qué? Pues sencillamente, porque el **monstruo** quiere que salgamos; y es él, no los norteamericanos, quienes tienen la llave de los rayos.

Y al arrullo de esta lógica, que no me convencía totalmente, cerré los ojos y dejé que mi mente, con gran esfuerzo, escapara del lugar donde estaba, corriendo desesperadamente por el camino de los recuerdos de otros tiempos... de otros lugares...

Una enorme pared de piedra grisosa y

húmeda con tonos verdosos y negros, amenaza con aplastarme. Desde la sucia y escuálida colchoneta en que estoy acostado, observo el panorama que me rodea. Estoy en una especie de túnel, con un puntal altísimo, iluminado débilmente por tres o cuatro desnudos bombillos eléctricos, que cuelgan perversamente de un techo abovedado. Dos larguísima hileras de colchonetas, similares a la mía, se extienden una frente a la otra, pegadas a cada una de las dos asquerosas paredes de aquel túnel horroroso. Un pasillo de un metro más o menos de ancho, separa ambas hileras, donde yacemos unos doscientos hombres. Si las figuras que allí estaban, no se movieran y hablaran entre sí, podría pensar que me encontraba dentro de un necrocomio gigantesco. Y lo era, en cierto modo. Un necrocomio, repleto con los cadáveres de doscientas ilusiones muertas.

El lugar eran las leoneras del centenario Castillo del Príncipe en La Habana. Enterrado en vida... ¡quizás para siempre!. Una claridad estúpida se filtraba, muy débil, a través de unas ventanitas que daban a los fosos del castillo. Entre esa claridad y la luz de los bombillos que colgaban del techo, encendidos permanentemente, a duras penas lograban disipar algo las penumbras de aquel lugar, entre mezcladas al vapor azulado, que emanaba de doscientos cuerpos sucios y desnutridos, hacinados sobre el suelo.

La entrada la cerraba una enorme reja de hierro oxidada, que se elevaba desde el piso hasta a aquel altísimo techo. Cerca ya del techo, podía verse, colocado sobre uno de los travesaños de la reja, un pomo con hierbas y líquido.

Me volví hacia un mulato paracaidista, muy simpático y ocurrente, llamado Padrón y le dije entonces, con toda intención, con objeto de provocar una de sus graciosas salidas: —¿Te has fijado



Tres duchas asquerosas y dos inodoros aún más asquerosos, componen todo el equipo higiénico del lugar.

qué clase de lugar es este? ¡Ni siquiera nos sirven un martini seco antes de las comidas!

El me miró con sorna, a la vez que me respondía, en tono de consejo:

—Rivero... Rivero, no te olvides, que estás en el "encufe".

Sabía que sus ocurrencias nos hacían reír, cosa muy necesaria en ese lugar, aunque una vez, durante el traslado de noche, del relativamente cómodo Hospital Naval al tétrico Castillo del Príncipe, y los ánimos de algunos parecía que iban a flaquear, su potente voz de bajo se dejó escuchar en aquel horrible lugar, con esta frase dicha con toda la fuerza de sus pulmones:

¡Señores...la cárcel se hizo para los hombres! Aquello fue como un corrientazo en la virilidad y el machismo de cada uno de nosotros, corrientazo que nos ayudó mucho a afrontar esa primera noche en el Príncipe, con el estoicismo y la dignidad que exigían las circunstancias.

Ahora la situación era distinta, sin embargo. Le señalé hacia el pomo y le dije con gesto de petulante indignación: —Mira ese pomo.... eso es brujería ¡que atraso! Parece, que aquí antes alojaban a presos comunes...

Padrón me observó extrañado, su jocosidad característica despareció como por encanto. Yo, dándome cuenta, presioné el asunto, para continuar divirtiéndome.

—Padrón... —le dije— ¿por qué tú no te subes allá arriba y quitas ese pomo de ahí?

—El que puso ese pomo ahí... —sentenció él con severidad— salió de aquí, ¿verdad? ¡No... yo ese pomo no lo toco!

Conseguí lo que quería, reírme a costa de los temores supersticiosos de mi

Réplica / Edición 614

compañero. Aunque inmediatamente después, me asaltó un pensamiento distinto. "Salir, sí" —me dije, "pero... ¿para dónde? ¿Adónde iremos nosotros a parar, si salimos de aquí alguna vez? Las enormes paredes grises y sucias volvieron a apretarse otra vez contra mis ojos.

El grito es ensordecedor, y aunque su tono posee un indiscutible acento irracional, las palabras se entienden. No, no se trata del rugido de una fiera enloquecida, sino sólo la exclamación, repetida una y otra vez por un pobre orate: **¡Ahora sí... ahora sí!**

Por las ventanas del inmundito pabellón, donde nos encontrábamos hacinados, junto a la misma puerta en que hacían guardia los milicianos, más lejos o más cerca, el grito, la misma exclamación, se produce cada quince o veinte minutos.

Sí, después de casi diez y seis meses de ir de un confinamiento a otro, por fin arribamos, como dice el dicho, **al fondo del cubo**. ¡Acabamos de llegar a Isla de Pinos! Quince meses de esperanzas truncadas, de rumores optimistas y pesimistas, a los que yo llamaba bolas blancas y bolas negras, de exprimarnos el cerebro, con el fin de averiguar nuestro destino, para ahora venir a terminar aquí, en este agujero infernal. "Ahora sí", llamémosle de este modo, se trata de un preso común, al que los milicianos permiten que se pasee por el penal y grite a su gusto, no sólo por tratarse de un enfermo mental, sino porque ellos, los comunistas, saben que su grito aumenta nuestra depresión.

Por fin, podemos verlo a través de la reja de entrada. Es un negro enorme, con una fabulosa melena encrespada, semi desnudo, que ejecuta brincos y

piruetas simiescas a la vez que grita. Su imagen es tan espantosa, que algunos de nosotros terminamos por reírnos de él. Parece que se da cuenta, pues por fin se calla y se aleja, no sin antes hacernos un gesto obsceno a manera de despedida.

Poco a poco, las sombras de la noche se van enseñoreando del lugar. Un lugar donde escasamente caben unos cincuenta hombres, y que ahora aloja a doscientos diez. Pero esta vez, a diereencia del Castillo del Príncipe, no tenemos ni una mala colchoneta. Dormimos sobre el duro suelo de piedra en ropa interior, usando los pobres trapos, que son nuestros raídos pantalones y camisas, a manera de almohadas. Afortunadamente, es la temporada de verano. Un caldo aguachento, sin siquiera un mendrugo de pan para acompañarlo, constituyó nuestra primera cena. Luego apresuradamente, lavamos nuestros cacharros en la pila de un único e inmenso fregadero. Sólo usamos agua, pues no tenemos jabón. Al llegar, nos quitaron todo, a excepción de unos pocos cigarrillos por persona. Ni siquiera tenemos un estúpido libro comunista, para poder entretenernos. Tres duchas asquerosas y dos inodoros aún más asquerosos, componen el equipo higiénico del lugar. Uno de los inodoros sólo sirve para orinar, ya que si alguien se sienta en él, comienza a bailar violentamente de un lado para otro. La gente lo bautiza con el nombre de **la motoneta**. Miles y miles de moscas, tantas como nunca habla visto en mi vida, nos hacen compañía. A eso de las seis de la tarde, sin embargo, las moscas nos dejan, y se van a dormir. Pero entonces llegan en su lugar, miles y miles de voraces mosquitos. Yo apodé esa hora, las seis de la tarde, "el cambio de guardia".

Por fin, logro conciliar el sueño. Mi cansancio y mi debilidad son tan grandes, que superan la incomodidad del duro piso, los mosquitos y el hambre. No obstante, al cabo de cierto tiempo, me despierto. Potentes reflectores, provenientes de las altas garitas que nos rodean, quiebran ahora la triste negrura de esa primera noche en la isla, a la vez que docenas de perros ladran y ladran furiosamente, junto a nuestra galera. Son perros del lugar, que los guardias excitan y alborotan para hacernos el su eño aún más difícil.

Así ocurriría todos los días, durante los seis meses que tuvimos que pasarnos en ese infierno.

Yo sé que muchos otros hombres, no sólo ahora, sino en otros tiempos y otros lugares, sufrieron y sufren, mucho más de lo que padecemos nosotros, y hasta se podrán reír de este relato, si al leerlo, lo comparan con sus propias experiencias, pero... así y todo, ¡que poco, pero que poco se respeta a sí mismo un régimen, que pueda hacerle semejante cosa a unos hombres indefensos. □

(CONTINUARA)